

Cómo citar este trabajo: Suárez Cortés, C. (2023). El apoyo de los legionarios a las ambiciones políticas de sus imperatores durante la República tardía. *Itálica: Revista para la difusión de jóvenes investigadores del Mundo Antiguo*, 1–25.

El apoyo de los legionarios a las ambiciones políticas de sus *imperatores* durante la República tardía

The support of the legionaries to the political ambitions of their *imperatores* during the late Republic

Carlos Suárez Cortés

Universidad de Zaragoza
774520@unizar.es

Resumen: El apoyo que los legionarios prestaron a las ambiciones políticas de sus *imperatores* durante la República tardía no se produjo a raíz de la aparición de un ejército profesional, proletario y voluntario. Aquellas legiones seguían siendo una milicia cívica comandada por un representante de la República. El *imperator* poseía autoridad legal, tradicional y carismática sobre sus tropas, estableciendo en muchos casos relaciones de lealtad personal. Ahora bien, los soldados no seguían por ello automáticamente a sus comandantes, sino que resultaba fundamental la comunicación entre ambas partes, pudiendo recurrir los soldados siempre al motín para lograr sus fines. Por tanto, el *imperator* debía convencer a sus soldados para que le apoyasen. En este sentido, las motivaciones materiales (botín, tierras y distribuciones monetarias) coexistieron con las políticas.

Abstract: The support provided by legionaries to the political ambitions of their *imperatores* during the Late Republic was not the product of the appearance of a professional, proletarian, volunteer army. Those legions were still a citizen militia commanded by a representative of the Republic. The *imperator* possessed legal, traditional and charismatic authority over his troops, establishing in many cases relationships of personal loyalty. However, soldiers did not automatically follow their commanders, but the

Recepción: 17.08.2022

Aceptación: 28.03.2023

Publicación: 11.05.2023

 Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

communication between both parts was essential, with the soldiers always being able to use mutiny to achieve their goals. Therefore, the *imperator* had to convince his soldiers to support him. In this sense, material motivations (booty, lands, and monetary distributions) coexisted with political ones.

Palabras clave: República tardía; legionarios; *imperator*; guerras civiles; César

Keywords: Late Republic; legionaries; *imperator*; civil wars; Caesar

1. Introducción

En el periodo final de la República romana aconteció una deriva hacia el poder unipersonal que culminó en el principado de Augusto. Aquella República tardía presentó dos características fuertemente vinculadas entre sí: la proliferación de guerras civiles a partir del 88 a. C. y el ascenso político de destacados *imperatores* al frente de poderosos ejércitos. El respaldo que recibieron de sus legiones aquellos *imperatores* (personajes como Sila, Mario, Cina, Sertorio, Pompeyo, César, Marco Antonio u Octaviano) les dio un gran poder con el que marcaron el devenir de Roma en el siglo I a. C. Dada la importancia de este hecho, el objetivo de este artículo es examinar un fenómeno que se produce a lo largo del siglo I a. C., particularmente entre los años 88 y 30 a. C., y que hemos denominado «el apoyo de los legionarios a las ambiciones políticas de sus *imperatores*».

La pregunta fundamental que se tratará de contestar es ¿por qué los legionarios romanos estaban dispuestos a seguir a sus comandantes en las guerras civiles? Para poder responderla será necesario un análisis más amplio sobre la figura del soldado romano en el siglo I a. C. y sobre las relaciones entre *imperator* y legionario durante el periodo tardorrepblicano. Por ello, comenzaremos analizando cuál era la composición y el método de reclutamiento de las legiones. Posteriormente, se tratará cuáles eran las bases del liderazgo de los *imperatores* y hasta qué punto los soldados tenían poder para cuestionar aquel liderazgo o condicionar el apoyo que prestaban a su comandante. Entonces, podremos examinar cómo dos tipos de motivaciones, las materiales y las políticas, pudieron estimular a los soldados a seguir a sus comandantes durante las guerras civiles.

2. Caracterización del origen social y reclutamiento del legionario tardorrepblicano:

Resulta fundamental para el propósito de este artículo analizar quiénes componían aquellas legiones del siglo I a. C., puesto que durante mucho tiempo se ha explicado el cambio del comportamiento de los legionarios romanos en el periodo tardorrepblicano a partir de una modificación de su procedencia social. De hecho, para Emilio Gabba la aparición en este periodo de un ejército dispuesto a seguir a generales ambiciosos contra su patria se vinculaba precisamente a su transformación en un ejército de voluntarios

proletarios¹. Esta idea no era precisamente novedosa, pues ya había sido mantenida por los historiadores de los siglos XVIII y XIX². Durante mucho tiempo, la base para afirmar tal transformación fue el siguiente pasaje de *La guerra de Jugurta* de Salustio, sobre el reclutamiento realizado por Cayo Mario en el 107 a. C.:

Él entretanto alistaba a los soldados, no según la norma tradicional ni por clases, sino al gusto de cada cual, la mayoría de ellos sin oficio ni beneficio [*capite censos*]³.

Incluido este alistamiento por los historiadores dentro de la llamada «reforma militar de Mario», de este fragmento se deducía el fin de la tradicional conscripción por clases censitarias. En su lugar, los nuevos soldados serían voluntarios y pertenecerían a los *capite censi* o *proletarii*, aquellos por debajo de los requisitos económicos mínimos para formar parte de la quinta clase y que hasta entonces estaban excluidos del servicio militar. Se suponía que los soldados proletarios, dada su pobreza, desearían ante todo enriquecerse y para ello iban a apoyar siempre a sus comandantes a cambio de recompensas materiales. Así pues, para Mommsen y Fustel de Coulanges la reforma de Mario era el germen de la revolución política que llevaría al establecimiento del Imperio como sistema político⁴.

Ahora bien, a lo largo del siglo XX hubo cambios en la visión que se tenía de la proletarización de las legiones. Si Harmand seguía manteniendo la idea del carácter abrupto de la reforma de Mario⁵, una tendencia capitaneada por Brunt y Gabba planteaba que esta era el punto de llegada de un largo proceso de proletarización del ejército durante el siglo II a. C. que se manifestaba en la progresiva reducción del censo mínimo para formar parte de la quinta clase⁶. Así pues, a la altura del 107 a. C. ese mínimo sería tan bajo que la diferencia entre aquellos que cumplían el requisito mínimo para ser reclutables (*adsidui*) y los proletarios era prácticamente inexistente⁷.

Aquella bajada y la consiguiente proletarización del ejército eran vistas como consecuencia de la caída del número de *adsidui*⁸ durante el siglo II a. C. Dado que existe certeza en torno al origen principalmente rural-campesino de los ciudadanos que servían como legionarios⁹, cuyo cumplimiento o no de los requisitos económicos necesarios derivaba de la cantidad de tierra de la que fueran propietarios, se explicó aquella falta de hombres

1 Gabba, 1973: ix.

2 Le Beau, 1759: 468; Fustel de Coulanges, 1870: 307-308; Mommsen, 1987: 207-208.

3 Sall. *Iug.* 86 (traducción de Segura Ramos). Para un análisis completo de las fuentes sobre este episodio, véase Cadiou, 2018: 78-112.

4 Fustel de Coulanges, 1870: 307; Mommsen, 1987: 207-208.

5 Harmand, 1969: 62.

6 Brunt, 1962: 77; Gabba, 1973: 1; Gruen, 1995: 366-367; de Ligt, 2007a: 127-128; Keaveney, 2007: 16-23; Potter, 2014: 69.

7 Brunt, 1971: 406; Gabba, 1973: 29-30; Roldán Hervás, 1996: 35; Potter, 2014: 69.

8 Brunt, 1971: 75.

9 Brunt, 1962: 74-75; Gabba, 1973: 56; Gruen, 1995: 368; Keaveney, 2007: 16.

potencialmente reclutables a partir de una crisis del campesinado en el siglo II a. C., en relación también con la ley agraria de Tiberio Sempronio Graco en el 133 a. C. Se han propuesto distintas teorías sobre las causas de aquel aumento del proletariado y descenso de los campesinos propietarios a lo largo del siglo II a. C.¹⁰, afirmando alguna de ellas que el servicio militar por conscripción sería responsable de la ruina de los *adsidui*¹¹, al ausentarlos durante varios años de las labores de arado y siembra en sus explotaciones familiares.

Sin embargo, el modelo de la «reforma de Mario» ha recibido diversas críticas, enmiendas y cuestionamientos. Por un lado, se atestiguó la presencia de casos de reclutamientos de voluntarios antes del año 107¹². Por otro, frente a la idea de que Mario abolió la conscripción o que esta cayó en desuso tras él, Brunt planteó que la conscripción seguía siendo una forma normal de reclutamiento en el siglo I a. C.¹³, aunque ahora se dirigiese a los proletarios dado que estos serían la vasta mayoría de la población. Aquellos soldados servirían de forma obligada durante una cantidad de años variable según cada caso, aunque de acuerdo con la propuesta de este autor el periodo medio se situaría en torno a los seis años, tanto en el siglo II como en el I a. C.¹⁴. Ahora bien, Rosenstein propuso a través de una reconstrucción de las familias campesinas y sus métodos de explotación agraria que la marcha de sus hijos a la guerra no les provocaría la ruina¹⁵. Algunos autores incluso han escrito que el declive del campesinado ha sido sobreestimado y que no hubo ninguna falta de «manpower» durante el siglo II a. C. (pero sin exponer una explicación alternativa a la bajada del mínimo de la quinta clase) o que existía menos pobreza en el campo de lo que la retórica de las propuestas de leyes agrarias nos ha hecho creer¹⁶. Mientras tanto, la arqueología no ha aportado conclusiones fácilmente generalizables, reflejando más bien la variedad de situaciones entre distintas regiones¹⁷.

Regresando al reclutamiento, Keaveney propuso que tras Mario no se volvió a reclutar proletarios en gran número hasta la guerra de los aliados (90-88) y la primera guerra civil (88-81), siendo en época triunviral cuando se pasó a su reclutamiento en masa¹⁸. Gauthier, dentro de su crítica al concepto de «reforma de Mario», dio un paso más allá afirmando que la mayoría del ejército seguiría siendo reclutada entre clases propietarias y que existían pocas pruebas convincentes de la presencia de un gran número de *proletarii* en sus filas¹⁹.

10 Gabba, 1973: 22; De Ligt, 2007: 127; de Ligt, 2007b: 20; Keaveney, 2007: 19.

11 Brunt, 1962: 75; Brunt, 1971: 401; de Blois, 1987: 8; Roldán Hervás, 1996: 24-30; Keaveney, 2007: 16.

12 Brunt, 1971: 393-396; Gruen, 1995: 367.

13 Brunt, 1971: 408-411.

14 *Ibid.*: 399-401.

15 Rosenstein, 2004: 406. En sentido similar, Erdkamp, 2006: 290; Morstein-Marx y Rosenstein, 2006: 630.

16 Propuestas respectivamente de Erdkamp (2006: 289-291) y Morstein-Marx y Rosenstein (2006: 631).

17 Alston, 2002: 17-22; Tatum, 2006: 191. A modo de ejemplo de aquella complejidad y variedad, podemos mencionar como Alston recoge tanto los resultados de algún estudio que sugiere incluso un incremento de la densidad de poblamiento en el norte de Etruria durante la República tardía como de algún otro que sugiere una reducción gradual de la población en el Agro Pontino durante ese mismo periodo de tiempo.

18 Keaveney, 2007: 25, 28.

19 Gauthier, 2016: 114, 116.

Ahora bien, la principal revisión de la proletarización de las legiones romanas ha sido realizada por François Cadiou, quien a través de su estudio de los soldados romanos del siglo I a. C. la presenta como «un postulat dépourvu de tout fondement»²⁰ Tras analizar el reclutamiento de voluntarios del 107 a. C., Cadiou plantea que este fue fruto de unas circunstancias específicas y que el pasaje de Salustio anteriormente visto –que parecía llenar el vacío de información existente entre Polibio y César– ha sido sobreinterpretado y sobrexplotado, recordando además que las fuentes que disponemos sobre el 107 en ningún momento hacen alusión a un cambio permanente²¹.

Por otro lado, coincide con Brunt en que las legiones del siglo I a. C. seguían reclutándose en su gran mayoría por conscripción y afirma que, aunque esto no niega la presencia de voluntarios en el seno de las legiones, cuya existencia también puede corroborar, el voluntariado aparece como un fenómeno minoritario²². Así mismo, el estudio de los componentes de las legiones del siglo I a. C., con todas sus dificultades, refleja la presencia de ciudadanos acomodados²³, sin que aparezca aquel ejército de pobres que mantenía la historiografía y sin que se pueda demostrar aquel supuesto proceso de proletarización²⁴. De este modo, distintos testimonios llevan a Cadiou a proponer que, aunque seguramente las legiones reflejarían en sus integrantes la diversidad de aquella sociedad cívica censitaria, los propietarios siempre habrían ocupado en ellas un importante lugar²⁵.

Por tanto, frente al paradigma de la existencia de un ejército voluntario, profesional y proletario en el último siglo de la República romana, vemos como en el siglo I a. C. se mantenía el modelo del ejército romano como una milicia cívica, «un groupe de citoyens qui, à l'appel du sénat et des magistrats supérieurs, est sollicité pour prendre les armes en vue de défendre la cité, et consent le faire»²⁶.

Considerando que las propuestas de Cadiou son válidas según su justificación en las fuentes, parece incorrecto explicar el apoyo que los legionarios prestaron a sus *imperatores* durante las guerras civiles a partir de un cambio en su origen social que no se produjo. Por tanto, conviene analizar un mayor número de factores para explicar el apoyo de las tropas a sus *imperatores*, empezando por las bases en las que se asentaba aquel liderazgo.

20 Cadiou, 2018: 396.

21 *Ibid.*: 106-112, 115, 117.

22 Sobre la coincidencia con Brunt, véase *Ibid.*: 217, 267-268. Sobre el voluntariado, véase *Ibid.*: 240-253.

23 *Ibid.*: 356-392.

24 *Ibid.*: 392, 395.

25 *Ibid.*: 393. Fuentes como App. *Mith.* 90 parecen reflejar incluso el papel predominante de los propietarios en las legiones (Gauthier, 2016: 114; Cadiou, 2018: 366-367).

26 *Ibid.*: 119.

3. El liderazgo de los *imperatores* tardorrepurbanos

Para entender el liderazgo que un *imperator* poseía sobre sus tropas y el motivo por el que estas le obedecían, podríamos emplear el concepto de «autoridad» de Max Weber, quien definía tres tipos de autoridad según su fuente de legitimación: autoridad legal, autoridad tradicional y autoridad carismática²⁷.

Si nos centramos en la autoridad legal, por ella «se obedecen las ordenaciones impersonales y objetivas legalmente estatuidas y las personas por ellas designadas»²⁸. En el caso de los *imperatores*, convendría recordar que estos no eran aventureros privados²⁹, sino magistrados (pretore y cónsules) y promagistrados (propretore y procónsules) de la República romana. Su *imperium*, es decir, su poder de mando militar sobre las tropas a sus órdenes formaba parte de sus atribuciones como representantes del Estado³⁰, y aunque durante la República tardía aparecen casos de *privati cum imperio*³¹, esto no alteraba que actuaran, formalmente, en nombre de la *Res Publica*.

Se puede señalar también que los soldados en el momento de su reclutamiento juraban (mediante el *sacramentum*) obedecer a su *imperator*³². Phang considera que el juramento militar creaba en el periodo tardorrepurbano un vínculo personal entre soldado y comandante, sacralizado además por el carácter religioso del juramento según Brunt³³. De hecho, el término *sacramentum* alude a esa dimensión religiosa, siendo «el acto de consagrarse a los dioses y de aceptar su venganza en caso de contravenir la palabra dada»³⁴.

Por otro lado, Phang ha destacado que el hecho de que los magistrados romanos fuesen aristócratas podría haber sido una fuente de autoridad tradicional³⁵. Al fin y al cabo, existía una tradición de la superioridad de los miembros de la *nobilitas* patricio-plebeya sobre el resto de la población. Como señaló Hölkeskamp, el capital simbólico acumulado por las familias de la aristocracia senatorial y el esfuerzo constante por la creación y renovación de una memoria en torno al mismo contribuyeron de forma clave al «continuo proceso de afirmación de la superioridad colectiva de la clase política, así como de la reproducción de la

27 Weber, 2002: 172. Sobre la aplicación de Weber al ejército romano, véase Phang, 2008: 21-29; Morstein-Marx, 2011: 276-277.

28 Weber, 2002: 172.

29 Gruen, 1995: 4.

30 Erdkamp, 2007: 97.

31 Pina Polo, 1999: 248.

32 Polyb. 6.21; Chrissanthos, 1999: 8-9; Chrissanthos, 2004: 354.

33 Phang, 2008: 119; Brunt, 1962: 77.

34 Marco Simón, 2021: 147. Marco Junio Bruto afirmaba que César se había aprovechado del juramento de sus soldados para conducirlos contra la patria sin que ellos quisieran (App. B. Cív. 2.140.). Más adelante veremos como el juramento parece no ser capaz de crear un régimen de obligación tan severo.

35 Phang, 2008: 23.

legitimidad, validez y estabilidad de las jerarquías sociopolíticas subyacentes»³⁶. Además, hay que recordar que, como dice Rosenstein, para el aristócrata romano el mando militar era «simply a facet of political leadership, part of what it meant to be a Roman aristocrat and the fruit of electoral success» y que, según Cadiou, en el siglo I a. C. seguía siendo para este una fuente fundamental de prestigio³⁷.

Según Weber, «en el caso de la autoridad carismática se obedece al caudillo carismáticamente calificado por razones de confianza personal en la revelación, heroicidad o ejemplaridad»³⁸. Keaveney reduce los *imperatores* con carisma a Mario, Sila, Pompeyo Magno, César y Octaviano³⁹, aunque quizás podríamos añadir otros personajes al listado.

En cuanto a la religión (más que la «revelación» de la que hablaba Weber) podríamos considerar que algunos de aquellos grandes comandantes de la República tardía la emplearon como fuente de carisma, puesto que «trataban de justificar que sus acciones estaban más fundamentadas desde el punto de vista religioso que las de sus oponentes, y que los dioses los favorecían de una manera especial»⁴⁰. Por ejemplo, César, Octaviano, Marco Antonio o Sexto Pompeyo intentaron vincularse directamente a alguna divinidad⁴¹. El uso de la religión también podía tener unos tintes ciertamente manipulativos, como refleja la conocida anécdota que narra Plutarco de la cierva blanca adiestrada por Sertorio y que este presentaba como un regalo de Diana, capaz de revelarle informaciones ocultas⁴².

Por otra parte, los soldados romanos tendrían una mayor predisposición a obedecer a aquellos comandantes que considerasen «héroes», como pudiese ser el caso de Sila o César⁴³. La imagen de un comandante exitoso, poseedor de una *virtus* y capacidades militares superiores, crearía un especial halo en torno a estos personajes. Algo similar ocurriría con la ejemplaridad, que se manifestaría en la forma de ejercer el liderazgo. Para Keaveney, la clave para un general romano exitoso era la empatía⁴⁴, compartir las experiencias de sus hombres durante la campaña. Esta es una cuestión en la que incidía Plutarco y de la que conservamos numerosos ejemplos entre los grandes *imperatores*⁴⁵.

Si sumamos todo esto a los vínculos que pudiese generar un largo servicio exitoso bajo el mismo comandante⁴⁶, podemos esperar la existencia de relaciones de confianza y

36 Hölkeskamp, 2019: 165.

37 Rosenstein, 2007: 132; Cadiou, 2018: 407. Véase también Hölkeskamp, 2019: 128.

38 Weber, 2002: 173.

39 Keaveney, 2007: 33.

40 Marco Simón, 2021: 204. Véase también Keaveney, 2007: 11-14; Phang, 2008: 89.

41 Marco Simón, 2021: 206.

42 Plut. *Sert.* 11. Según Plutarco, Sertorio pretendía engañar así a los indígenas hispanos, pero posiblemente tendría el mismo efecto en los soldados romanos (Naco del Hoyo y Principal i Ponce, 2018: 387). Véase también App. *B. Civ.* 1.110; Keaveney, 2007: 14; Phang, 2008: 90.

43 Gruen, 1995: 7; Cagniard, 2007: 84.

44 Keaveney, 2007: 15.

45 Plut. *Mar.* 7. A modo de ejemplos, Plut. *Mar.* 7; *Pomp.* 64; *Caes.* 17; Sall. *Iug.* 85.

46 Pina Polo, 1999: 64.

lealtad personal hacia los comandantes por parte de los legionarios. Brunt opina que se han sobrestimado los lazos morales y que predominarían las expectativas de futuro sobre la gratitud por los hechos pasados⁴⁷, pero convendría no subestimar el papel que lo emocional podía tener en el apoyo prestado a los comandantes. Gruen ha señalado como el coraje y el magnetismo personal de César le garantizaron una lealtad fanática entre sus tropas y ya Plutarco destacaba «la devoción y el celo que inspiraba su persona a sus soldados»⁴⁸.

Para denominar esas relaciones de lealtad personal, no solo basada en lo carismático, sino también en lo material, se han empleado distintos términos. Ahora bien, hay que tener en cuenta que el fondo de la relación entre el *imperator* y su ejército era siempre la existente entre un representante de la *Res Publica* y una milicia-cívica de ciudadanos-soldados. Otra cuestión es que pudiesen sobreponerse o entrelazarse otras realidades sobre aquella base.

Existe debate sobre si se puede hablar de una relación «mercenaria»⁴⁹. Sin embargo, Pina Polo indica que no se puede considerar al ejército tardorrepblicano como mercenario, en tanto que este continuaba siendo una «milicia ciudadana»⁵⁰. Por otro lado, la idea de «señores de la guerra» con un ejército personal ha sido analizada por distintos autores⁵¹. Cabe destacar que Rich señala que tal definición no se adecua a la mayoría de *imperatores* tardorrepblicanos, salvo algunas excepciones en concreto⁵². Además, en la antigüedad no existía ningún termino equivalente al actual concepto de «señor de la guerra»⁵³.

La idea de una relación clientelar, del *imperator* como un *patronus* al frente de un ejército de clientes, ha tenido una amplia difusión⁵⁴. Aunque para Gabba el surgimiento de clientelas en el ejército se vinculaba a su proletarización⁵⁵, el concepto puede seguir teniendo potencial interpretativo, pues no era necesario ser proletario para ser cliente. Ahora bien, los soldados no se convertían automáticamente en clientes de aquel comandante a quien tuviesen que obedecer y esta relación no siempre surgía, pues dependía de la interacción entre los soldados y el *imperator* en cuestión, y de los *beneficia* que los primeros recibiesen del segundo. Cuando se establecían, las clientelas podían tener su continuación en la vida civil tras la desmovilización de las tropas⁵⁶, pero esto no quiere decir que aquella lealtad

47 Brunt, 1962: 77.

48 Gruen, 1995: 491. Plut. *Caes.* 16.

49 A favor de su existencia: Roldán Hervás, 1996: 57-58; Cagniard, 2007: 82; Broadhead, 2007: 161. En contra: Harmand, 1967: 416; 1969: 62; de Blois, 2007: 167; Keaveney, 2007: 92-93, 95; Phang, 2008: 23; Blösel, 2019: 201-202.

50 Pina Polo, 1999: 64.

51 De Blois, 1987: 38; Morstein-Marx y Rosenstein, 2006: 635; Phang, 2008: 153; Keaveney, 2007: 5, 34-35, 97; Rosenstein, 2018: 297; Zoumbaki, 2018: 373.

52 Rich, 2018: 277-286. Estas excepciones serían los primeros pasos de las carreras de Pompeyo Magno y Octaviano, así como las etapas de Sertorio en Hispania y de Sexto Pompeyo en Sicilia.

53 Naco del Hoyo y Principal i Ponce, 2018: 405.

54 Harmand, 1967: 445-447; Syme, 1968: 15, 352; Gabba, 1973: 61-68; Roldán Hervás, 1996: 52-55; Pina Polo, 1999: 64-79; Alston, 2002: 35; Phang, 2008: 180; Thein, 2016: 450-451. Por otro lado, Blösel (2019: 199-200) cuestiona esta idea.

55 Gabba, 1973: 61.

56 Pina Polo, 1999: 64.

fuese perpetua, como ejemplifica la renuencia de los veteranos de Pompeyo en Capua a volver a servir bajo su antiguo *imperator* en los comienzos de la segunda guerra civil⁵⁷.

Sin embargo, cabe destacar que Phang ha propuesto, de forma similar a Roldán Hervás o Brand, que el supuesto «patronazgo» de los comandantes no era verdaderamente tal, puesto que este no imponía subordinación a los soldados⁵⁸. Estos comentarios invitan a reflexionar sobre hasta qué punto el apoyo de los legionarios a sus *imperatores* en época tardorrepública estaba condicionado.

4. Un apoyo condicionado

Algún autor ha afirmado que los soldados proporcionaban a sus comandantes un apoyo a cualquier coste en sus disputas políticas⁵⁹. Sin embargo, las fuentes nos transmiten una realidad más conflictiva de las relaciones entre legionarios e *imperator*. Aquellos soldados estaban lejos de ser instrumentos dóciles para sus comandantes y no siempre obedecían incuestionablemente sus órdenes⁶⁰. Así pues, en este contexto resultaba fundamental la interacción y comunicación entre el *imperator* y sus legionarios.

El comandante que deseara hablar a sus tropas podía reunirlos en una asamblea, una *contio*. Los motivos para convocar estas *contiones* eran variados, pero todas tenían en común el hecho de que en ellas los soldados no tomaban decisiones, sino que solo escuchaban lo que les decía su *imperator*, aunque podían manifestar su parecer mediante sus gritos de protesta o de apoyo al comandante⁶¹. No obstante, si el comandante quería conocer la opinión o estado de humor de su tropa, podía recorrer el campamento y conversar con el soldado común, lo cual era beneficioso para la imagen que los soldados tenían de él⁶².

Del mismo modo, los soldados también podían dirigirse a sus superiores. Como indica Chrissanthos, el legionario, en tanto que ciudadano romano, tenía libertad de expresión como parte de su *libertas*⁶³. Los soldados comenzarían conversando entre ellos acerca de los problemas que viesan en las condiciones de servicio y las tácticas de su comandante⁶⁴ y, si lo consideraban necesario, tenían formas de transmitir su opinión o quejas al *imperator*. Un medio formal de hacerlo consistiría en hablar con sus centuriones y

57 Cic. *Att.* 7.14.2; Gruen, 1995: 378.

58 Phang, 2008: 181. Roldán Hervás, 1996: 53; Brand, 2019: 221.

59 Osgood, 2014: 315.

60 Cadiou, 2018: 419-420; Chrissanthos, 2004: 341. Por ejemplo, en el 52 a. C, en Gergovia (Caes. *B. Gall.* 7.52) y en el 46 a. C. en Tapso (*B. Afr.* 82-83) las tropas de César desobedecieron las órdenes dadas y cargaron contra el enemigo con resultados dispares. Tras el descalabro en Gergovia, César recordaba que la docilidad y la obediencia eran igual de importantes en un soldado que su valor (Caes. *B. Gall.* 7.52).

61 Pina Polo, 1989: 205; Chrissanthos, 2004: 315-316. Véase también, Pina Polo, 1989: 206-218.

62 Chrissanthos, 1999: 200. A modo de ejemplo, Caes. *B. Gall.* 7.17.

63 Chrissanthos, 2004: 341.

64 *Ibid.*: 355.

tribunos militares para que estos se las comunicasen⁶⁵, mientras que los modos informales serían los gritos durante las *contiones* o incluso confrontar directamente al comandante⁶⁶.

Así pues, los legionarios romanos tenían derecho a expresarse libremente, pero no lo tenían a desobedecer las órdenes de su comandante o a desertar. Tales actos rompían el juramento realizado y constituían *seeditio*, lo que nosotros traduciríamos como amotinamiento. Precisamente, durante el siglo I a. C. se produce un aumento de los casos de *seeditio* en el ejército⁶⁷. Los motines del periodo que tratamos podían tener dos motivos: el deseo de los soldados de finalizar el mando que su comandante tenía sobre ellos o provocar un cambio en las políticas y tácticas del *imperator*⁶⁸.

El comandante romano, en virtud de su *imperium*, podía castigar como quisiese a los soldados amotinados, sin que estos tuviesen derecho de apelación (*provocatio*), aunque Keaveney ha destacado la impunidad con la que se insubordinaron las legiones en este periodo⁶⁹. Para explicar aquella impunidad, conviene recordar que un 73% de los motines entre el 90 y 40 a. C. fueron exitosos y que del 27% de victorias de los comandantes solo la mitad fueron duraderas⁷⁰. Por tanto, los comandantes en la mayoría de los casos simplemente carecían de poder coercitivo necesario para castigar a los amotinados.

Hay que señalar también que solo un 23% de los motines conllevaron una acción violenta contra el comandante⁷¹, ocurridos todos estos, excepto uno, en los años ochenta. Keaveney afirma que el motín, la deserción y la confraternización con el enemigo derivan del rechazo a la autoridad del general⁷². Sin embargo, no eran necesariamente síntoma de rechazo al comandante en sí. Por ejemplo, cuando los soldados de Petreyo y Afranio plantearon entregarse a César en el 49 a. C., estos pidieron garantías sobre la vida de sus comandantes y, de hecho, el propio César, muy bien considerado por sus tropas, sufrió motines en el 58, 49 y 47 a. C.⁷³. Como indica de Blois, el carisma no eximía a aquellos líderes de mantener sus promesas y justificar sus acciones ante los soldados⁷⁴.

Por otro lado, cabe destacar que si bien alguna clasificación, como la de Keaveney, ha presentado el motín como un fenómeno propio de la guerra de los aliados y de las guerras

65 *Ibid.*: 357-358. Sirvan de ejemplo Caes. *B. Gall.* 7.17 y Plut. *Luc.* 32; Chrissanthos, 2004: 364.

66 *Ibid.*: 358-360. El caso de Curión en el 49 a. C. es ejemplo de ambos posibilidades (Caes. *B. Civ.* 3.33).

67 Sobre la *seeditio*, Chrissanthos, 1999: 11. Sobre su aumento en el I a. C., *Ibid.*: 1; Keaveney, 2007: 80.

68 Chrissanthos, 1999: 160-161.

69 Respecto a la potestad de castigo de los *imperatores*, véase Phang, 2008: 115. Sobre la impunidad, Keaveney, 2007: 81-82. Keaveney la relaciona con la necesidad que los comandantes tenían de disponer del apoyo de sus tropas. Por otro lado, Phang (2008: 113) ha destacado que los principales *imperatores* de la República tardía preferían disciplinar a sus tropas mediante los *exempla* y las apelaciones al honor y la vergüenza.

70 Chrissanthos, 1999: 163-164.

71 *Ibid.*: 161-162.

72 Keaveney, 2007: 171.

73 Respecto al caso de los soldados de Petreyo y Afranio, Caes. *B. Civ.* 1.74. Sobre los motines de los soldados de César, Chrissanthos, 1999: 66-68, 73-75; de Blois, 2007: 174-175; Keaveney, 2007: 82-85.

74 De Blois, 1987: 55.

civiles, Chrissanthos ha demostrado que estos se daban por igual en periodos de paz, de guerra exterior y de guerra civiles⁷⁵.

El propio Chrissanthos ha realizado también un interesante análisis global de las causas del motín militar en época tardorrepública. En primer lugar, debía existir un motivo subyacente, siendo los más frecuentes los problemas monetarios y la falta de confianza en las capacidades del comandante⁷⁶. También podía representar esa causa profunda el trato que recibiesen los soldados, la lealtad previa a otro comandante o un servicio demasiado largo⁷⁷. Sobre aquella base, algunos elementos podían generar las condiciones óptimas o el ambiente necesario para un motín, como pudiese ser el temor a un ejército enemigo o la influencia de terceros que estimulasen la insubordinación, y, finalmente, un determinado evento proporcionaría a los soldados la ocasión de amotinarse, como pudiese ser el discurrir de una *contio* o la ausencia del comandante⁷⁸. Ciertos autores han presentado el motín como una cuestión exclusivamente económica (asociada a la idea del legionario proletario), un mero chantaje o el resultado de la combinación de la pauperización y de la codicia de las tropas⁷⁹; pero estas interpretaciones suponen una simplificación extrema que obvia el resto de los factores que acabamos de comentar.

Según Chrissanthos, para los legionarios del siglo I a. C. la *sedition* era la máxima extensión de sus libertades de acción, pensamiento y expresión⁸⁰. Todo lo visto permite afirmar que aquellos soldados no seguían automáticamente a sus generales⁸¹. Por tanto, hay que abandonar la idea de Mommsen de un ejército que «se somete dócil a la voluntad de su jefe»⁸². Alston ya ha señalado que los soldados poseían una actividad política relativamente sofisticada y Chrissanthos ha afirmado que los motines les permitieron convertirse en el poder dominante en el Estado romano⁸³. Así pues, como indica Pina Polo, fueron los soldados quienes «tomaron conciencia de su protagonismo y de su capacidad de decisión» en política y de este modo, en un siglo de guerras civiles, «asumían el papel decisivo en la resolución de la crisis republicana y se convertían en el poder fáctico determinante»⁸⁴.

Ahora bien, si los legionarios romanos marcaron con sus propias decisiones el devenir de la crisis de la República tardía, salta la pregunta de qué motivos les condujeron a apoyar

75 Keaveney, 2007: 96-98; Chrissanthos, 1999: 162-163.

76 *Ibid.*: 166-170. A modo de ejemplo de problema económico subyacente, lo sucedido con Lúculo en el 68 a. C. (Plut. *Luc.* 35; Chrissanthos, 1999: 168), y como ejemplo de falta de confianza en el comandante, lo ocurrido con Craso tras la derrota en Carras en el 53 a. C. (Plut. *Crass.* 30; Chrissanthos, 1999: 169-170).

77 *Ibid.*: 170-171. Precisamente en el 49 y 47 a. C. las tropas de César adujeron a su largo servicio, aunque según Casio Dion los soldados realmente no querían volver a la vida civil, sino que trataban de presionar a César para obtener más beneficios materiales (Cass. Dio 41.26, 42.53; Chrissanthos, 1999: 73-75).

78 *Ibid.*: 174-179, 182-184.

79 Harmand, 1967: 283; Roldán Hervás, 1996: 53, 57.

80 Chrissanthos, 1999: 33.

81 Alston, 2002: 33; Erdkamp, 2006: 295; de Blois, 2007: 164.

82 Mommsen, 1987: 996.

83 Alston, 2002: 8; Chrissanthos, 1999: 208.

84 Pina Polo, 1999: 125, 219. Véase también Keaveney, 2007: 55.

sus *imperatores* en las guerras civiles, qué razones tuvieron para seguir a sus comandantes en acciones ilegales, qué les estimuló a atacar a aquellos romanos que su líder consideraba enemigos... La explicación no resulta simple. Cuando estudiamos determinados casos, como el de la desertión de la legión Marcia en el 44 a. C. de Marco Antonio a Octaviano⁸⁵, aparecen dos tipos de posibles motivaciones: políticas y materiales. Resulta complicado señalar cuál tuvo más peso en el apoyo que las distintas legiones prestaron a sus respectivos *imperatores* a lo largo de todas las guerras civiles tardorrepúblicas. En los dos siguientes apartados, se examinará con más detenimiento el papel de ambos tipos de motivaciones.

5. Motivaciones materiales del apoyo

Durante las guerras civiles era habitual acusar al enemigo político de corromper a las tropas con dinero para lograr su apoyo⁸⁶ y actualmente gran parte de los historiadores ha concedido a las razones económicas el papel de principal causa por la que los legionarios seguirían a sus *imperatores* durante aquellas guerras civiles. Por ejemplo, Gabba afirmaba que «sull'impulso e sul sentimento della massa devono aver influito unicamente considerazioni di ordine economico», lo cual conllevaría que en el momento en que no hubiese una razón de conveniencia económica se romperían los lazos entre soldado y comandante⁸⁷. Brunt y Alston afirmaban que los soldados dependían económicamente de las ganancias que pudieran obtener durante su servicio y para Harmand se establecía una relación puramente interesada entre soldado e *imperator* (con la excepción de César según él), dándose lo que este denominaba en términos despectivos «un phénomène de parasitisme social» o «mendicité militaire»⁸⁸.

Ahora bien, todos estos autores partían de la visión de un ejército proletario. Habiendo cuestionado esta visión, los razonamientos que partían de que los soldados veían el servicio militar como una profesión o un medio de subsistencia⁸⁹ son solo aplicables a una pequeña minoría dentro de las legiones. Sin embargo, ¿el hecho de que el ejército no estuviese compuesto mayoritariamente por proletarios nos obliga a desechar la idea de que pudiese haber motivaciones materiales detrás del apoyo de los legionarios a sus comandantes? No. Como vamos a ver, estas motivaciones estuvieron presentes a través de tres elementos: el botín, los repartos de tierras y las distribuciones monetarias.

Respecto al primero de ellos, no debemos olvidar que para buena parte de la historiografía el deseo del posible botín de la guerra contra Mitrídates VI sería la causa por la que los legionarios de Sila le apoyaron en su marcha contra Roma en el 88 a. C., pues según

85 App. *B. Civ.* 3.43-45, 67; Cic. *Phil.* 13.6-7; Chrissanthos, 1999: 77-78. Tanto la lectura de Apiano como de Cicerón reflejan esa dualidad entre lo material y las consideraciones políticas (cesarianas o republicanas).

86 McDonnell, 1990: 60.

87 Gabba, 1973: 60, 68.

88 Brunt, 1971: 75; Alston, 2002: 35. Harmand, 1967: 442, 480; Harmand, 1969: 65.

89 Harmand, 1967: 409-410; Syme, 1968: 15; Gabba, 1973: 59; Mommsen, 1987: 207; Gruen, 1995: 4; Roldán Hervás, 1996: 49; Erdkamp, 2006: 292.

el relato de Apiano aquel ejército «pensaba que Mario enrolaría para ella a otros soldados en vez de a ellos»⁹⁰. Según Brunt, «desire for plunder made the soldiers readier to follow their generals in civil wars, irrespective of the cause they professed to represent»⁹¹. Además, posteriormente los soldados de Sila saquearon Atenas y Beocia y esquilmaron Asia Menor, permitiéndoles Sila también durante la primera guerra civil saquear ciudades en Italia⁹². Igualmente, años después, durante la conjura de Catilina (63-62 a. C.), hubo veteranos de Sila que, recordando aquellos saqueos, se sumaron a la misma⁹³.

Ahora bien, esto no era una característica exclusiva de los ejércitos de Sila. De hecho, era una práctica aceptada y esperada⁹⁴, de la cual hay múltiples ejemplos⁹⁵. Para Harmand este deseo generalizado de botín era una novedad del siglo I a. C., habiéndose creado un «*exercitus de pillards*» a raíz de la combinación de la proletarización y del bajo nivel del *stipendium*, pero Gruen, por el contrario, ha negado ese carácter novedoso, siendo el reparto de botín una práctica existente desde el siglo V a. C.⁹⁶. Cabe recordar que el legionario romano de cualquier época siempre esperaba que el éxito de la campaña significase la adquisición del botín (aunque ahora no lo obtenían solo de tierras extranjeras, sino también italianas)⁹⁷, pues tras asaltar una ciudad lo normal era que los soldados tuviesen vía libre para saquear, violar y matar⁹⁸. Ahora bien, no hay que olvidar que, en principio, se suponía que debía ser el *imperator* quien autorizase el saqueo y quien decidiese luego, tras que los soldados reuniesen el botín, como se repartían los *praeda* entre la tropa, él mismo y el «pueblo romano»⁹⁹.

El segundo gran elemento sería los repartos de tierras. Estos se daban en ocasiones puntuales, no eran algo sistemático, y no todos los veteranos del siglo I a. C., ni siquiera la mayoría según Cadiou, recibieron un lote de tierras al final de su servicio¹⁰⁰. De hecho, el soldado cuando era reclutado no tenía ninguna garantía ni promesa de recibir tierras en el futuro¹⁰¹. Ahora bien, el número de ellos que sí lo hicieron es considerable. Si bien ya se habían producido repartos entre el 338 y el 169 a. C., para la época de Mario la práctica ya

90 App. *B. Civ.* 1.57. Brunt, 1962: 78; Pina Polo, 1999: 102; Konrad, 2006: 179; Cagniard, 2007: 82; Potter, 2014: 72; von Ungern-Sternberg, 2014: 87; Brand, 2019: 231.

91 Brunt, 1962: 78.

92 Sobre los saqueos en Oriente: Gruen, 1995: 370; Cagniard, 2007: 83. Sobre los de Italia: Thein, 2016: 468.

93 Sall *Cat.* 16; Cic. *Cat.* 2.20; Thein, 2016: 453.

94 Gruen, 1995: 370.

95 Thein, 2016: 453, 466-467. Véanse también las promesas de Bruto en Filipos (App. *B. Civ.* 4.118). Jurgern von Ungern-Sternberg (2014: 92) incluso ha simplificado la guerra de las Galias como una enorme campaña de saqueos diseñada para dar a César un poderoso ejército con el que cumplir sus ambiciones.

96 Harmand, 1969: 63; Gruen, 1995: 371.

97 Keaveney, 2007: 37, 97.

98 Thein, 2016: 466.

99 Coudry, 2009: 25-27, 50. Sobre las tensiones entre soldados y Estado por el reparto, *Ibid.*: 36. A modo de ejemplos de acaparamiento del botín por los comandantes, Sall. *Iug.* 46; Plut. *Crass.* 6.

100 Cadiou, 2018: 351-352.

101 Keaveney, 2007: 62.

había caído en desuso¹⁰². Sin embargo, en el 103 y el 100 se aprobaron (no sin episodios de tensión) repartos a los veteranos de Mario¹⁰³ y durante la dictadura de Sila se concedieron tierras a entre 120 000 y 80 000 veteranos¹⁰⁴. César en el 59 logró el reparto de tierras a 25 000 veteranos de Pompeyo¹⁰⁵ y durante su dictadura daría tierras en Italia a 20 000 veteranos y establecería a 20 000 (10 000 cesarianos y 10 000 pompeyanos) en colonias en África, Hispania y Galia¹⁰⁶. Del mismo modo, según estima Brunt, tras la batalla de Filipos (42 a. C.) recibirían tierras en Italia 50 000 veteranos y tras la de Accio (31 a. C.) 57 000, además de 28 000 posiblemente asentados en colonias provinciales¹⁰⁷. A esto habría que sumar 20 000 veteranos tras la batalla de Nauloco (36 a. C.)¹⁰⁸. En cuanto a la cantidad de tierra, conocemos que el reparto de tierras en África aprobado en el año 100 para los veteranos de Mario era de 100 *iugera*, 25 hectáreas, y que en época triunviral los lotes repartidos en *Volaterrae* comprendían entre 25 y 60 *iugera*, es decir, entre 6,25 y 15 hectáreas¹⁰⁹.

Mientras se mantuvo la idea de un ejército proletario, se defendió que los soldados proletarios querían tierras para reintegrarse en la vida civil como pequeños agricultores propietarios y para ello debían apoyar a un *imperator* poderoso que lograra el reparto frente a la oposición del senado¹¹⁰. Ahora bien, la existencia de un ejército mayoritariamente compuesto por campesinos propietarios no está opuesta al deseo de tierras. Conviene recordar la siguiente afirmación de Keaveney: «Those who already had land looked for more or better»¹¹¹. La posibilidad de conseguir una explotación de mayor extensión¹¹² o con tierras más productivas sería un importante aliciente, pudiendo deshacerse luego del lote de tierras que menos les interesase (el previo o el recién adquirido). Podría servir de ejemplo de esta

102 Broadhead, 2007: 149-157.

103 Pina Polo, 1999: 73-75; Broadhead, 2007: 159. Cabe destacar que Gabba (1973: 112) creía que el reparto del año 100 había quedado anulado.

104 Apiano aporta la cifra de 120 000 (App. B. Civ. 1.104; Pina Polo, 1999: 119). Sin embargo, Brunt (1981: 305) prefiere reducir la cifra a 80 000, habiendo tenido ciertas adhesiones (Broadhead, 2007: 159).

105 Brunt, 1971: 312; Broadhead, 2007: 170. Tatum (2006: 207) ha propuesto que los soldados de César en el 49 recordarán que había sido él, y no Pompeyo, quien había logrado tierras para los veteranos en el 59. Por tanto, para los soldados era en César en quien se podía confiar.

106 Broadhead, 2007: 160-161.

107 Brunt, 1962: 328, 342.

108 Laignoux, 2015: 398.

109 Sobre el reparto del 100 a. C., Pina Polo, 1999: 73. Sobre la extensión de los lotes de *Volaterrae*, Brunt, 1971: 331; Gabba, 1973: 137. Un *iugerum* equivale a 0,25 hectáreas.

110 Brunt, 1962: 79; de Blois, 1987: 19; Roldán Hervás, 1996: 51; Erdkamp, 2006: 292-293; Broadhead, 2007: 158; Potter, 2014: 71; von Ungern-Sternberg, 2014: 85. Contrariamente a esta idea, Gabba, (1973: 60, 128-129) creía que los soldados querían tierras como un capital fácilmente convertible en dinero a través de su venta. Sin embargo, Brunt (1962: 82) rechaza esta propuesta. Otra cosa es que hubiese casos, como entre los veteranos de Sila, en que estos «abandonaran o vendieran pronto sus tierras, bien por su escasa calidad, bien por su incapacidad para competir con los grandes propietarios» (Pina Polo, 1999: 119).

111 Keaveney, 2007: 67.

112 Rosenstein (2004: 68-69, 75) en sus modelos agrarios hipotetiza con los casos de familias de *adsidui* con 20,8-23,9 *iugera* (5,2-5,975 hectáreas) y con 7 *iugera* (1,25 hectáreas). Si comparamos las extensiones mencionadas más arriba con estas cifras, los lotes repartidos podían suponer una clara mejora.

posibilidad el caso de los legionarios de César que acampaban en los templos de Roma, tras haber vendido ya sus bienes, a la espera de partir hacia sus nuevas tierras¹¹³.

El tercer elemento serían las distribuciones monetarias extraordinarias o *congiaria*. Originalmente poco comunes y asociadas a los triunfos, desde época de Sila fueron aumentando progresivamente tanto en frecuencia como en cantidad de dinero correspondiente a cada soldado¹¹⁴. La batalla de Filipos (42 a. C.) es uno de los casos en que más claramente se aprecia la importancia que podían tener, afirmando Brunt a raíz de este hecho que aquellos ejércitos luchaban por motivos mercenarios¹¹⁵.

Por contraposición, podríamos destacar que hay episodios en que las tropas parecen renunciar a lo material en beneficio de su *imperator*. Por ejemplo, cuando los soldados de Sila ofrecieron a este «cuanta riqueza tenían», cuando los de César ofrecieron a su *imperator* «su concurso gratuito, sin trigo ni soldada, tomando los más ricos a su cargo la manutención de los más pobres» o como Pompeyo sugería que las cohortes procedentes de Piceno y Camerino habían abandonado sus *fortunas* por el bien del interés colectivo¹¹⁶. De todos modos, resulta imposible saber si estos casos eran sentidos como un desprendimiento sincero de lo material o como una inversión de cara al futuro.

Para concluir, debemos recordar que en la mentalidad militar romana se asumía que la guerra debía traer beneficios a los combatientes¹¹⁷. Las gratificaciones, el botín e incluso las tierras formaban parte de los *praemia militiae* que recibían los ejércitos victoriosos¹¹⁸. Ahora bien, como Keaveney ha señalado, durante la República tardía existió una tendencia hacia una cada vez mayor exigencia de recompensas materiales por parte de los soldados y, como indica Raphaëlle Laignoux, el aumento ocurrido en las ganancias de los soldados en este periodo se produjo sin duda porque las recompensas materiales se convirtieron en uno de los principales medios que los grandes hombres políticos tuvieron para fidelizar a sus tropas e involucrarlas en las guerras civiles¹¹⁹.

6. Motivaciones políticas del apoyo

Se ha convertido en lugar común para muchos autores afirmar que los legionarios de época tardorrepública estaban alienados de la vida civil y que les resultaban completamente indiferentes las cuestiones políticas y constitucionales¹²⁰. El planteamiento

113 App. B. Civ. 2.120; Cadiou, 2018: 354.

114 Laignoux, 2014: 200.

115 App. B. Civ. 4.89-101, 118, 120; Plut. Brut. 39, 44, 46; Laignoux, 2014: 223. Brunt, 1962: 79.

116 Sobre los casos de Sila y César, véase respectivamente Plut. Sull. 27; Suet. Iul. 68. Cabe destacar que Sila rechazó la oferta. Sobre las cohortes de Piceno y Camerino, Cic. Att. 8.12b; Cadiou, 2018: 372-373.

117 Keaveney, 2007: 46.

118 Cadiou, 2018: 353.

119 Keaveney, 2007: 67. Laignoux, 2014: 199.

120 Brunt, 1962: 76; Syme, 1968: 159; Gabba, 1973: 61, 64-67; Mommsen, 1987: 271; Roldán Hervás, 1996: 56; Alston, 2002: 35; Cagniat, 2007: 84; de Blois, 2007: 12-13; Potter, 2014: 72-74.

era que los soldados proletarios, que se pensaba que componían los ejércitos, no sentían adhesión por las instituciones de la *Res Publica* y que la llegada de los itálicos a las legiones, tras que se les concediese la ciudadanía romana (90-89 a. C.), debilitaba la lealtad a Roma¹²¹. Sin embargo, otra tendencia ha tratado de negar estas afirmaciones. Gruen defendía que el servicio militar no alienaba a los soldados de la República y que la búsqueda de beneficio no conllevaba una falta de patriotismo. Además, para Cadiou el ejército no solo era percibido como un *exercitus populi Romani*, de ciudadanos que cogían las armas por el interés común, sino que era «un cadre privilégié de l'affirmation et de l'intégration du citoyen»¹²². Igualmente, Blösel ha defendido la existencia de una conciencia cívica en los legionarios de la República tardía¹²³.

Es cierto que, al realizarse el reclutamiento por conscripción, durante las guerras civiles la mayoría de los soldados no habrían tenido originalmente la posibilidad de elegir el bando en que combatían (pudiendo luego desertar)¹²⁴. Sin embargo, en distintas ocasiones se puede rastrear una mentalidad cívica-política detrás de una toma de decisiones.

Si volvemos al caso del ejército de Sila en 88, para entender el pensamiento de los soldados quizás debemos reflexionar más sobre la idea de «legitimidad» que sobre la de «legalidad», como dice Morstein-Marx¹²⁵. Cuando Sila se reunió con las tropas y denunció ante ellas el ultraje que «Sulpicio y Mario le habían hecho», este no suponía solo una ofensa personal, sino que, en tanto que Sila era cónsul, arrebatárle el mando de la guerra para entregárselo a un *privatus*, como era Mario, suponía una violación de las normas de la *Res Publica* y una ofensa contra la *dignitas* del cónsul y del pueblo romano que lo había elegido¹²⁶. Igualmente, la medida aprobada por Sulpicio probablemente perdería toda legitimidad a ojos de los soldados, cuando estos se enterasen del ambiente de violencia que previamente habían promovido Sulpicio y sus seguidores. Los soldados posiblemente compartirían la idea de Sila de que marchaban contra Roma «para librarla de los tiranos» y la noción, que más tarde Marco Tulio Cicerón pondría en boca de su hermano Quinto, de que la marcha contra Roma era una acción de autodefensa del Estado [*Res Publica*]¹²⁷. Al fin y al cabo, como expresa Gruen, aquellos soldados no seguían las ordenes de un jefe rebelde, sino de un cónsul, la cabeza del Estado¹²⁸.

Keaveney opina que con este episodio Sila politizó al ejército romano, en el sentido de invitarlo a participar directamente en política, a tener una opinión e imponerla por las

121 Le Beau, 1759: 468; Syme, 1968: 15; Alston, 2002: 29; Erdkamp, 2006: 94; Cagniard, 2007: 82.

122 Gruen, 1995: 369, 383. Cadiou, 2018: 216, 409.

123 Blösel, 2019: 209. Ahora bien, Blösel (2019: 211) considera que sí que habría tenido consecuencias la llegada a las legiones de los itálicos, quienes con su reclutamiento se experimentarían a sí mismos por primera vez como ciudadanos romanos y para quienes la *res publica* estaría representada por sus comandantes, no por el senado o los comicios de la lejána Roma.

124 Pina Polo, 2019: 148-149.

125 Morstein-Marx, 2011: 276.

126 App. B. Civ. 1.57. Morstein-Marx, 2011: 264-265.

127 App. B. Civ. 1.57. Cic. Leg. 3.20; Morstein-Marx, 2011: 261-262.

128 Gruen, 1995: 383.

armas, enseñándoles que los enemigos de Roma también se hallaban dentro de la ciudad¹²⁹. Ahora bien, parece que desde la época de los asesinatos de los Gracos ya se había impuesto «la tesis de que la seguridad del Estado justificaba el empleo de la violencia contra los que la pusieran en peligro»¹³⁰. Morstein-Marx no niega que las tropas de Sila pudiesen querer el botín de la campaña en Asia, pero las motivaciones humanas están lejos de ser un juego de suma cero y pudo haber una doble causa en el apoyo a Sila¹³¹.

La segunda marcha contra Roma la protagonizó Cina en el 87 a. C., tras que el senado abrogase su consulado y ciudadanía¹³², después de un enfrentamiento armado en el foro que le llevó a abandonar Roma. El relato de Apiano sobre el discurso que Cina pronunció ante el ejército de Capua para lograr su apoyo refleja esa apelación a la mentalidad cívica de las tropas, al tratar a los soldados como los ciudadanos que le habían elegido cónsul e incitarles a defender lo votado frente al senado, que había depuesto al cónsul sin contar con el pueblo¹³³. En este caso el vínculo entre la ofensa a la *dignitas* del cónsul y la ofensa a la *maiestas* del pueblo romano resulta aún más evidente que en el anterior¹³⁴.

Un elemento que podemos apreciar en ambos casos es que, como destaca de Blois, en el periodo tardorrepblicano los líderes de acciones colectivas tenían mucha más credibilidad entre la multitud si tenían una posición formal fuerte, es decir, una magistratura¹³⁵. En este sentido, por ejemplo, Sertorio, quien seguramente se vería como «the champion of Republican legitimacy against a faction which had seized power at Rome», se presentaría ante sus tropas como un legítimo procónsul, como reflejan los proyectiles de honda hallados con la inscripción *Q(uintus) Sert(orius) proco(n)s(ul)*¹³⁶.

Si tratamos el caso de la marcha de César sobre Roma en el 49 a. C. vemos de nuevo como la ofensa contra una magistratura servía de pretexto, pues este, entre otros motivos, apeló a la persecución con las armas del derecho de veto de los tribunos de la plebe y los soldados le respondieron «que estaban dispuestos a defender a su general y a los tribunos de la plebe, de las injurias de sus enemigos»¹³⁷.

Historiográficamente cabe señalar que, a diferencia de otros casos, los historiadores han destacado desde muy pronto las motivaciones políticas del ejército de César. Mommsen en el siglo XIX hablaba de un «ejército liberal», formado por hombres dispuestos a morir en defensa de las «libertades civiles», y Harmand en 1969 defendía que César había comprometido a sus soldados en un partido antioligárquico y romano-italiano, parte de lo

129 Keaveney, 2007: 95.

130 Pina Polo, 1999: 47. Véase también Konrad, 2006: 170.

131 Morstein-Marx, 2011: 275. De Blois (1987: 43) ya había planteado previamente esa doble motivación.

132 Pina Polo, 1999: 110; Morstein-Marx, 2011: 265.

133 *App. B. Civ.* 1.65.

134 Morstein-Marx, 2011: 278.

135 De Blois, 2007: 166.

136 Rich, 2018: 282. Sobre los mencionados proyectiles de honda, véase Díaz Ariño, 2005: 233-234.

137 *Caes. B. Civ.* 1.7. Véase también Plut. *Caes.* 31.3.

que Harmand denominaba «socialisme militaire césarien»¹³⁸. Ambos planteamientos son anacrónicos, pero reveladores de hasta qué punto un sector de la historiografía ha visto a los cesarianos como defensores de las libertades, aunque algún autor como Brand haya acusado a los soldados de César de carecer de cualquier concepción de virtud cívica¹³⁹.

Como expresó Gruen, los soldados de César no pretendían derribar la República y habían sido llamados por su *imperator* (de forma sincera o no) a defender el sistema constitucional, los derechos de los tribunos y la *libertas* frente a una facción que buscaba monopolizar el poder y le obligaba a la guerra¹⁴⁰. Tatum afirma que para ellos seguir a César sería el único modo de luchar por la *libertas*, pudiéndose relacionar aquí tal interpretación con lo que habría dicho, según el propio César, el centurión primipilo de la décima legión antes de la batalla de Farsalia: «Sólo nos queda este combate; terminado el cual, nosotros recobramos nuestra libertad y él [César] su dignidad»¹⁴¹. Sin embargo, Pompeyo también les hablaba a sus hombres de la libertad y de «la defensa de la constitución patria»¹⁴², teniendo seguramente al menos parte de aquellos soldados el mismo sentir. La «gran paradoja», como dice Pina Polo, es que la segunda guerra civil, que resultó en la disolución del sistema político vigente, era luchada por dos bandos que decían defenderlo¹⁴³.

El peso e iniciativa de los ejércitos creció progresivamente tanto, que estos no solo eran capaces de comenzar guerras, sino también de evitarlas, como cuando las tropas de Octaviano y Marco Antonio obligaron a ambos a reconciliarse en Brundisium en el 40 a. C.¹⁴⁴. Ahora bien, como Morstein-Marx y Rosenstein afirman, ningún ejército que iniciase una guerra civil lo hizo por desafección a la República. En lugar de ello, lo que se produce es una fragmentación de la legitimidad republicana, perdiendo el senado el cuasi-monopolio que había tenido de ella hasta entonces¹⁴⁵. En ese contexto, puede que los intereses materiales de los soldados y sus motivaciones políticas apuntasen en la misma dirección, sin que ello conllevara ninguna contradicción para ellos¹⁴⁶. Para entender la actitud política de los soldados, hay que recordar además que todo legionario conocía algo de la cultura política romana¹⁴⁷ y que en ella se habían desarrollado a lo largo del siglo I a. C. dos fenómenos que, sin ser creación de las legiones, vemos reflejado en sus acciones: el «recurso creciente al

138 Mommsen, 1987: 858-859. Harmand, 1969: 71-72. Véase también Harmand, 1967: 493.

139 Brand, 2019: 309.

140 Gruen, 1995: 384, 491-492.

141 Tatum, 2006: 207; Caes. *B. Civ.* 3.91.

142 App. *B. Civ.* 2.50-51.

143 Pina Polo, 1999: 220-221. En un sentido similar, Keaveney, 2007: 43; von Ungern-Sternberg, 2014: 95.

144 App. *B. Civ.* 5.57-64; Syme, 1968: 217; Chrissanthos, 1999: 136-159; Keaveney, 2007: 50. A pesar de casos como este, algunos autores han buscado ejemplificar la pérdida de mentalidad cívica de los legionarios a través de su disposición de enfrentarse a otros romanos (Roldán Hervás, 1996: 55; Erdkamp, 2006: 294).

145 Morstein-Marx y Rosenstein, 2006: 632-633. Véase también Alston, 2002: 28; Morstein-Marx, 2011: 277.

146 Morstein-Marx y Rosenstein, 2006: 633.

147 Chrissanthos, 2004: 365.

hombre providencial» y la «generalización de la violencia como método político»¹⁴⁸. Por tanto, cabría preguntarnos hasta qué punto los legionarios romanos actuaban en política de forma distinta de muchos de sus conciudadanos. La idea de un ejército cívico no era incompatible con la violencia del *bellum civile*¹⁴⁹. Además, la tradición decía a los soldados que en el pasado el método para ganar mayores derechos políticos y sociales había sido la acción emprendida por parte del ejército plebeyo¹⁵⁰. Así pues, cuando en el siglo I a. C. un *imperator* pedía ayuda a sus soldados para imponer un determinado programa u opción política, estos, si estaban de acuerdo, se involucraban¹⁵¹. Podríamos concluir, como dice Cadiou, que, en cierto modo, la implicación de las legiones en las guerras civiles constituía para los ciudadanos que las componían una forma de ejercicio de su *libertas*¹⁵².

7. Conclusiones

Este artículo ha intentado mostrar que no se puede conceder una causa única al apoyo que los legionarios prestaron a las ambiciones políticas de sus *imperatores* en época tardorrepública y que hay que renunciar al planteamiento tradicional, según el cual el tránsito de una milicia cívica de *adsidui* a un ejército profesional, voluntario y proletario explicaría por sí solo el comportamiento de las legiones en el siglo I a. C. Para explicar las acciones de aquellas legiones que empujaron la política romana hacia el poder unipersonal he tratado de tener en cuenta la mayor cantidad posible de factores. Así pues, he señalado que los legionarios eran mayoritariamente campesinos propietarios reclutados por conscripción, aunque con una minoritaria presencia de voluntarios proletarios. Por tanto, el ejército romano tardorrepúblico seguía siendo una milicia cívica bajo la autoridad de un *imperator*. Aquel *imperator* actuaba como representante de la *Res Publica* y poseía autoridad legal sobre sus tropas, sumándose a esta su autoridad tradicional como aristócrata y la autoridad carismática proveniente de su heroísmo, ejemplaridad o especial relación con los dioses. En muchos casos, la confianza carismática en el *imperator* y los vínculos generados por el servicio juntos daban lugar a relaciones de lealtad personal al *imperator*.

Ahora bien, los soldados no seguían automáticamente a su *imperator* a partir de su autoridad o de la existencia de una lealtad personal. La comunicación entre ambos era necesaria para una buena relación, pudiendo los soldados recurrir a la *seeditio* para forzar la situación. Así pues, los legionarios tenían capacidad de decisión propia y un *imperator* que quisiese movilizarlos a su favor debía darles razones para ello. Las motivaciones materiales ciertamente existieron y se podían concretar en el deseo de botín, de tierras o de distribuciones monetarias extraordinarias. Sin embargo, frente a la idea de la indiferencia de

148 Pina Polo, 1999: 16. Podríamos identificar el primero desde las elecciones consecutivas de Mario como cónsul (104-100 a. C.) y el segundo desde el asesinato de Tiberio Sempronio Graco en el 133 a. C.

149 Cadiou, 2018: 420.

150 Chrissanthos, 2004: 348.

151 Keaveney, 2007: 42.

152 Cadiou, 2018: 420.

los legionarios hacia la política y su desafección a la República, también se puede constatar el papel que jugaron las motivaciones políticas y la mentalidad cívica del soldado tardorrepblicano. Como han tratado de mostrar autores como Morstein-Marx y Keaveney, las motivaciones materiales y políticas coexistieron en la mente de los soldados tardorrepbianos, siendo complementarias. Al considerar todo esto, se abre un panorama mucho más complejo sobre el apoyo de los legionarios a sus *imperatores* en época tardorrepblicana.

8. Bibliografía

- ALSTON, R. (2002): “The role of the military in the Roman Revolution”, *Aquila legionis: cuadernos de estudios sobre el Ejército Romano*, 3, pp. 7-42.
- BLÖSEL, W. (2019): “Die ‚politische‘ Integration der italischen Neubürger in den römischen Legionen vom Bundesgenossenkrieg bis zur Triumviratszeit”, en K.-J. Hölkeskamp, S. Karataş y R. Roth (eds.), *Empire, Hegemony or Anarchy. Rome and Italy, 201-31 BCE*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, pp. 191-219.
- BRAND, S. (2019): *Killing for the Republic: Citizen-Soldiers and the Roman Way of War*, Baltimore, Josh Hopkins University Press.
- BROADHEAD, W. (2007): “Colonization, Land Distribution, and Veteran Settlement”, en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 148-163.
- BRUNT, P. A. (1962): “The Army and the Land in the Roman Revolution”, *Journal of Roman Studies*, 52 (1-2), pp. 69-86.
- BRUNT, P. A. (1971): *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14*, Nueva York, Oxford University Press.
- CADIOU, F. (2018): *L’armée imaginaire. Les Soldats prolétaires dans les légions romaines au dernier siècle de la République*, París, Les Belles Lettres.
- CAGNIART, P. (2007): “The Late Republican Army (146–30 BC)”, en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 80-95.
- CHRISSANTHOS, S. G. (1999): *Seditio: Mutiny in the Roman Army, 90-40 B.C.*, Tesis doctoral, University of Southern California, Los Ángeles.
- CHRISSANTHOS, S. G. (2004): “Freedom of Speech and the Roman Republican Army”, en I. Sluiter y R. M. Rosen (eds.), *Free Speech in Classical Antiquity*, Leiden-Boston, Brill, pp. 341-367.
- COUDRY, M. (2009): “Parage et gestion du butin dans la Rome républicaine: procédures et enjeux”, en M. Coudry y M. Humm (eds.), *Praeda. Butin de guerre et société dans la Rome républicaine/Kriegsbeute und Gesellschaft Im republikanischen Rom*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, pp. 21-79.

- DE BLOIS, L. (1987): *The Roman Army and Politics in the First Century Before Christ*, Amsterdam, J. C. Gieben.
- DE BLOIS, L. (2007): “Army and General in the Late Roman Republic”, en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 164-179.
- DE LIGHT, L. (2007a): “Roman Manpower and Recruitment During the Middle Republic”, en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 114-131.
- DE LIGHT, L. (2007b): “Roman Manpower Resources and the Proletarianization of the Roman Army in the Second Century BC”, en L. de Blois y E. Lo Cascio (eds.), *The Impact of the Roman Army (200 BC - AD 476). Economic, Social, Political, Religious and Cultural Aspect. Proceedings of the Sixth Workshop of the International Network Impact of Empire (Roman Empire, 200 B.C. -AD 476) Capri, March 29 - April 2, 2005*, Leiden-Boston, Brill, pp. 3-20.
- DÍAZ ARIÑO, B. (2005): “*Glandes inscriptae* de la Península Ibérica”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 153, pp. 219-236.
- ERDKAMP, P. (2006): “Army and Society”, en N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (eds.), *A companion to the Roman Republic*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 278-296.
- ERDKAMP, P. (2007): “War and State Formation in the Roman Republic”, en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 96-113.
- FUSTEL DE COULANGES, N. D. (1870): “Les Institutions militaires de la république romaine et leurs rapports avec les Institutions politiques”, *Revue des Deux Mondes*, 90, pp. 269-314.
- GABBA, E. (1973): *Esercito e società nella tarda Repubblica romana*, Florencia, La Nuova Italia.
- GAUTHIER, F. (2016): “The Changing Composition of the Roman Army in the Late Republic and the So-Called «Marian-Reforms»”, *Ancient History Bulletin*, 30 (3-4), pp. 103-120.
- GRUEN, E. S. (1995): *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press [edn. original 1974].
- HARMAND, J. (1967): *L'Armée et le Soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, París, A. et J. Picard et Cie.
- HARMAND, J. (1969): “Le prolétariat dans la légion de Marius à la veille du second *bellum civile*”, en J. P. Brissson (ed.), *Problèmes de la guerre à Rome*, París-La Haye, Mouton & Co y École Pratique des Hautes Etudes, pp. 61-73.
- HÖLKESKAMP, K.-J. (2019): *La cultura política de la República Romana. Un debate historiográfico internacional*, Zaragoza, Editorial Universidad de Sevilla-Prensas Universitarias de Zaragoza [edn. original en alemán, 2004].

- KEAVENEY, A. (2007): *The army in the Roman revolution*, Londres-Nueva York, Routledge.
- KONRAD, C. F. (2006): “From the Gracchi to the First Civil War (133–70)”, en N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (eds.), *A companion to the Roman Republic*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 167-189.
- LAIGNOUX, R. (2014): “Des guerres à prix d’or: multiplication et cérémonialisation des distributions exceptionnelles à la fin de la République”, en M. Reddé (ed.), *De l’or pour les braves! Soldes, armées et circulation monétaire dans le monde romain*, Burdeos, Ausonius, pp. 199-227.
- LAIGNOUX, R. (2015): “Politique de la terre et guerre de l’ager a la fin de la République. Ou comment César et les triumvirs ont «inventé» des terres pour leurs vétérans”, *Mélanges de l’École française de Rome. Antiquité*, 127 (2), pp. 397-415.
- LE BEAU, M. (1759) “Premier mémoire. De la nature, du nom et de l’origine de la Légion, et jusqu’à quel temps cette milice a subsisté”, *Histoire de l’Académie Royale des Inscriptions et Belles-lettres, avec les Mémoires de Littérature tirés des Registres de cette Académie, depuis l’année M.DCCLII, jusques et compris l’année M.DCCLIV*, 25, pp. 462-479.
- MARCO SIMÓN, F. (2021): *Cultus deorum: la religión en la antigua Roma*, Madrid, Síntesis.
- MCDONNELL, M. (1990): “Borrowing to Bribe Soldiers: Caesar’s «De Bello Civili» 1.39”, *Hermes*, 118 (1), pp. 55-66.
- MOMMSEN, T. (1987): *Historia de Roma II. De la Revolución al Imperio*, Madrid, Aguilar [edn. original en alemán, 1855-1856].
- MORSTEIN-MARX, R. (2011): “Consular appeals to the army in 88 and 87: the locus of legitimacy in late-republican Rome”, en H. Beck, A. Duplá Ansuátegui, M. Jehne y F. Pina Polo (eds.), *Consuls and Res Publica. Holding High Office in the Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 259-278.
- MORSTEIN-MARX, R y ROSENSTEIN, N (2006): “The Transformation of the Republic”, en N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (eds.), *A companion to the Roman Republic*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 625-637.
- ÑACO DEL HOYO, T. y PRINCIPAL I PONCE, J. (2018): “Q. Sertorius: A Warlord in Hispania?”, en T. Ñaco del Hoyo y F. López Sánchez (eds.), *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*, Leiden-Boston, Brill, pp. 380-414.
- OSGOOD, J. (2014): “The Rise of Empire in the West (264–50 B.C.)”, en H. I. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, Segunda edición, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 303-320 [1ª edn. 2004].
- PHANG, S. E. (2008): *Roman Military Service. Ideologies of Discipline in the Late Republic and Early Principate*, Cambridge, Cambridge University Press.

- PINA POLO, F. (1989): *Las contiones civiles y militares en Roma*, Zaragoza, Departamento de Ciencias de la Antigüedad-Universidad de Zaragoza.
- PINA POLO, F. (1999): *La crisis de la República (133-44 a. C.)*, Madrid, Síntesis.
- PINA POLO, F. (2019): “Losers in the Civil War between Caesarians and Pompeians. Punishment and Survival”, en K.-J. Hölkeskamp y H. Beck (eds.), *Verlierer und Aussteiger in der ‚Konkurrenz unter Anwesenden‘. Agonalität in der politischen Kultur des antiken Rom*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, pp. 147-166.
- POTTER, D. (2014): “The Roman Army and Navy”, en H. I. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, Segunda edición, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 54-77 [1ª edn. 2004].
- RICH, J. W. (2018): “Warlords and the Roman Republic”, en T. Naco del Hoyo y F. López Sánchez (eds.), *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*, Leiden-Boston, Brill, pp. 267-294.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1996): *El ejército de la República romana*, Madrid, Arco.
- ROSENSTEIN, N. (2004): *Rome at War. Farms, Families, and Death in the Middle Republic*, Chapel Hill-Londres, The University of North Carolina Press.
- ROSENSTEIN, N. (2007): “Military Command, Political Power, and the Republican Elite”, in P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 132-147.
- ROSENSTEIN, N. (2018): “Why No Warlords in Republican Rome?”, en T. Naco del Hoyo y F. López Sánchez (eds.), *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*, Leiden-Boston, Brill, pp. 295-307.
- SYME, R. (1968): *The Roman Revolution*, Londres-Oxford-Nueva York, Oxford University Press [edn. original 1939].
- TATUM, W. J. (2006): “The Final Crisis (69–44)”, en N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (eds.), *A companion to the Roman Republic*, Malden-Oxford-Victoria, Blackwell, pp. 190-211.
- THEIN, A. (2016): “Booty in the Sullan Civil War of 83-82 B. C.”, *Historia: Zeitschrift für alte Geschichte*, 65 (4), pp. 450-472.
- VON UNGERN-STERMBERG, J. (2014): “The Crisis of the Republic”, en H. I. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, Segunda edición, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 78-98 [1ª edn. 2004].
- WEBER, M. (2002): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España [edn. original en alemán, 1922].
- ZOUMBAKI, S. (2018): “Sulla, the Army, the Officers and the poleis of Greece: A Reassessment of Warlordism in the First Phase of the Mithridatic Wars”, en T. Naco del Hoyo y F. López Sánchez (eds.), *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*, Leiden-Boston, Brill, pp. 351-379.

9. Fuentes primarias

Anónimo, *Guerra de África*. Traducción P. J. Quetglas Nicolau, Madrid, Gredos.

Apiano, *Historia romana: Sobre Mitrídates*. Traducción de A. Sancho Royo, Madrid, Gredos.

Apiano, *Historia romana: Guerras civiles*. Traducción de A. Sancho Royo, Madrid, Gredos.

Cicerón, *Cartas a Ático*. Traducción de M. Rodríguez-Pantoja Márquez, Madrid, Gredos.

Cicerón, *Catilinarias*. Traducción de J. Aspa Cereza, Madrid, Gredos.

Cicerón, *Filípicas*. Traducción de M. J. Muñoz Jiménez, Madrid, Gredos.

Cicerón, *Las leyes*. Traducción de C. T. Pabón de Acuña, Madrid, Gredos.

Dión Casio, *Historia romana: Libros XLI-XLII*, Traducción de R. M. Mariño Sánchez-Elvira, Madrid, Gredos.

Julio César, *Guerra civil*. Traducción de J. Calonge Ruiz, Madrid, Gredos.

Julio César, *Guerra de las Galias: Libro VIII*. Traducción de V. García Yebra e H. Escolar Sobrino, Madrid, Gredos.

Polibio, *Historias: Libros VI*. Traducción de M. Balasch Recort, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: Mario*. Traducción de O. Martínez García, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: Sila*. Traducción de J. Cano Cuenca, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: Lúculo*. Traducción de D. Hernández de la Fuente, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: Craso*. Traducción de A. Ledesma, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: César*. Traducción de J. Bergua Cavero, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: Pompeyo*. Traducción de S. Bueno Morillo, Madrid, Gredos.

Plutarco, *Vidas paralelas: Sertorio*. Traducción de J. M. Guzmán Hermida, Madrid, Gredos.

Salustio, *Conjuración de Catilina*. Traducción de B. Segura Ramos, Madrid, Gredos.

Salustio, *Guerra de Jugurta*. Traducción de B. Segura Ramos, Madrid: Gredos.

Suetonio, *Vida de los doce Césares: Libro I – El Divino Julio*. Traducción de R. M. Agudo Cubas, Madrid, Gredos.

Biografía

Carlos Suárez Cortés nació en Zaragoza en el año 2000 y se graduó en Historia por la Universidad de Zaragoza en 2022. Ha participado en distintas excavaciones arqueológicas, fue Becario de Colaboración del Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza durante el curso 2021-2022 y actualmente se halla matriculado en el Máster Universitario en Mundo Antiguo y Patrimonio Arqueológico de dicha universidad.